

**Del amor, entre el ideal y el instinto, una mirada oscilatoria del pensamiento
platónico y los conceptos schopenhauerianos**

Proyecto de Grado

Hilda Nataly Bautista Castellanos

Director:
Pedro Antonio García O.

Universidad Industrial De Santander

**Facultad De Ciencias Humanas
Escuela De Filosofía**

Bucaramanga, Enero 20, 2009

INDICE

INTRODUCCIÓN:.....	4
CAPÍTULO I: El Banquete y las consideraciones platónicas del amor entre el ideal, el deseo y el instinto.....	13
CAPÍTULO II: Schopenhauer y el amor instintivo.....	23
CAPÍTULO III: A propósito de la mirada oscilatoria.....	33
CONCLUSIONES:.....	43
BIBLIOGRAFÍA:.....	47

AGRADECIMIENTOS

*Gracias en primer lugar, al hacedor de todos y dueño de todo,
quien siempre ha constituido una parte esencial en mi vida,
y de quien me sustentó en gran manera durante estos cinco años,
brindándome fortaleza y tranquilidad.*

*A mis creadores terrenales y a sus hijos.
Por su constante vigilancia, apoyo y afecto
a través de toda mi formación académica y profesional.*

*Al profesor Pedro Antonio García Obando,
Por su dirección y permanente estímulo,
Los cuales hicieron posible el inicio
Y la conclusión del presente texto.*

*Al profesor Doctor Mario Augusto Palencia Silva,
Así como a la profesora Doctora Judith Nietos López,
Por su constante guía y por haberme mostrado
el incalculable valor que tienen la palabra y el lenguaje
en el camino filosófico.*

*A la Escuela De Filosofía tanto como a la
Universidad Industrial de Santander,
Por abrirme sus puertas
y contribuir durante el transcurso de este proceso
a mi formación profesional y personal.*

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER
PROYECTO DE GRADO
DIRECTOR: PEDRO ANTONIO GARCÍA O

Del amor, entre el ideal y el instinto, una mirada oscilatoria del pensamiento platónico y los conceptos schopenhauerianos

Resumen

Cuando se habla del amor, generalmente dicho concepto trata de delimitarse a unas pocas líneas cual si se tratase de un sustantivo cualquiera, no obstante, este sentimiento comporta mucho más que una mera representación escuálida e insípida del sentimentalismo común, antes bien, el concepto en cuestión ha sido observado mediante el mejor representante de la filosofía occidental, a saber el pensador griego Platón, como ese sentimiento esencial, sublime, celeste e inspirador, digno sólo de los mejores y más valientes hombres, sentimiento que tiene como fin último la generación de algo nuevo a partir de la comunión de dos seres, así como la posterior contribución al fortalecimiento y la prolongación de la especie misma.

Del mismo modo, dicho sentimiento, es visto ahora por el pensador Arthur Schopenhauer como ese instinto que conmina a los seres humanos a trabajar en pro de su especie mediante la procreación de nuevos individuos que de igual forma fortalecerán y mejorarán la especie, el cual pese a ser en primera instancia una impresión física y corporal, necesita de las emociones sensitivas con el fin de no convertirse en un requerimiento irritante que el hombre supliría por obligación y no por placer, de esta manera, el instinto acompañado del sentimiento en sí conformarían, más que un requerimiento sofocante, un ejercicio placentero.

Así, se hace posible establecer una conexión y una estrecha relación entre estas dos teorías filosóficas, además de dejar ver, como el amor, más que un concepto fijo y unívoco es en sí mismo un ejercicio fluctuante que oscila constantemente entre el ideal y el instinto.

Summary

When it is spoken of the love, generally this concept tries to delimit itself to few lines as if anyone were a noun, however, this feeling bucket much more than a mere skinny and insipid representation of the common sentimentality, rather, the concept at issue has been observed by means of the best representative of the western philosophy, that is to say the Greek thinker Plato, like that essential feeling, sublimates, celestial and inspired, worthy only of the best and braver men, feeling that the generation of something new from the communion of two beings has like last aim, as well as the later contribution to the fortification and the prolongation of the same species.

In the same way, this feeling, is now seen by the thinker Arthur Schopenhauer like that instinct that conmen to the human beings to work for its species by means of the procreation of new individuals that similarly will fortify and they improved the species, which in spite of being in first instance a physical and corporal impression, needs the sensitive emotions with the purpose of not becoming an irritating requirement that the man would replace by obligation and not by pleasing, this way, the instinct accompanied by the feeling in himself would conform, more than a suffocating requirement, a pleasanter exercise.

Thus, one becomes possible to establish a connection and one narrow relation between these two philosophical theories, besides to let see, like the love, more than a fixed and univocal concept it is in itself a fluctuating exercise that constantly oscillates between the ideal and the instinct.

INTRODUCCIÓN

Mucho es lo que se ha dicho ya acerca de eso, que aún cuando nadie ha logrado definir de una manera unívoca y exacta, todos suelen denominar amor; sin embargo, y pese a tratarse de un tema altamente polisémico, con frecuencia pueden dilucidarse, entre sus más citadas “definiciones,” un par de lugares comunes, aunque contrarios en sí mismos :

el primero, es el que lo define como esa fuerza sublime, ideal, celeste, digna sólo de los mejores y más nobles hombres (*Banquete:180A*), concepción que propone el filósofo griego Platón; mientras que el segundo lugar común suele pertenecerle a aquella afirmación que lo deja ver como esa atracción meramente física y carnal, ese impulso biológico que le fue dado al hombre en aras de la prolongación y posterior conservación de la especie, posición que expone y defiende el pensador alemán Arthur Schopenhauer (Schopenhauer 2007:21).

Ahora bien, pese a que, a primera vista, estos dos pensadores parecen representar posiciones opuestas, al ocuparse con un poco más de detenimiento en estas cuestiones, puede observarse aquella extraña comunión que se presenta entre los mismos, pues aún cuando Platón principalmente concibe el amor de una manera esencial e ideal a través de su *Afrodita Urania*, también da a conocer una manera más corporal y sexual del mismo, mediante la representación mítica de *Afrodita Pandemos*, división que puede evidenciarse por primera vez mediante el discurso declarado por el historiador *Pasaunias* y posteriormente en el encomio a Eros realizado por los demás oradores asistentes a aquel *Simposio*, tema que se ampliará durante el transcurso del presente escrito.

Del mismo modo, Arthur Schopenhauer con todo y su concepción tan estrictamente biológica del amor, en ocasiones abre una pequeña brecha por donde se filtran algunos vestigios de lo que podría llegar a entenderse como sentimientos ligados a la esencia del ser, a saber, cuando aduce que no sólo el cuerpo sino las aptitudes, las características internas, e incluso algunos accidentes inexplicables presentes en el hombre suelen – de una manera extraña – atraer al sexo opuesto.

Con esto, y al considerar que en algunas ocasiones estas teorías, que en un principio solían observarse y entenderse de manera tan aparentemente opuesta, parecen entrelazarse e incluso concordar en ciertos puntos, cabe preguntarse :¿a cuál de las dos concepciones pertenece “eso”, “eso” a lo que se han dedicado miles de dramaturgos, literatos, artistas y filósofos? ¿Acaso pertenece a alguna en particular? ¿Es necesario que pertenezca sólo a una de las dos? Quizá en realidad esta cuestión haya ocupado el tiempo, el pensamiento e incluso el mundo onírico de muchos, aún así y teniendo en

cuenta las diversas concepciones que se suscitan a raíz del mismo, finalmente ¿quién tiene la razón, Platón, y su aparente concepción del amor como la aspiración a lo mejor, o Schopenhauer y su mirada corporal e instintiva del mismo?

Por otra parte, y antes que se acudiera a la ya mencionada división del *Eros*, en esta reunión casual que pretendía elogiar al joven *Agatón** debido a su triunfo en el teatro y la dramaturgia, se afirma en primera instancia, que dicha divinidad es la más antigua y asimismo la más venerable de todas, favorecedora y productora de felicidad entre los hombres vivos o muertos (*Banquete*:180B), esto, debido a las referencias expuestas en algunos de los poemas de Hesíodo, que toma *Fedro* como sustentación literaria de su discurso.

De esta manera inicia el simposio platónico que a su vez da a conocer las consideraciones del pensador griego, posteriormente mencionado, y como ya se había expuesto, la intervención de *Pausanias*, abre las puertas de una extensa dicotomía, con respecto al origen, procedencia e incluso, al efecto que suele causar dicho “dios” en los hombres a los cuales pretende poseer. Se habla de sus progenitores, de sus preferencias – por llamarlas de alguna manera – de aquellos a quienes decide afectar, de la naturaleza de sus obras, del lugar en el que suele anidarse – ya el alma, ya el cuerpo – e, incluso, de sus posibles características físicas, – basándose en el mito, claro está – y todo esto bajo una dicha nulidad, en la cual se exponen conceptos, que, si bien suelen contraponerse en apariencia, del mismo modo se complementan en su realidad práctica.

Luego de esto se da paso a la locución de Sócrates, tesis principal de esta reunión y de la obra en general, – la cual, se ampliará en el transcurso del escrito en cuestión – y que, a su vez, concuerda en algunos puntos con la tesis expuesta por Arthur Schopenhauer en su obra, titulada *El amor, las mujeres y la muerte* en la que pueden dilucidarse las muy marcadas concepciones que ostenta dicho representante de la filosofía alemana acerca de estas consideraciones, vitales para el proceso de formación humana – si es posible

* *Agatón de Atenas* (445 A.C.) Poeta trágico, Ateniense, uno de los más relevantes de su tiempo, junto a los tres dramaturgos clásicos – Sófocles, Esquilo y Eurípides – obtuvo su principal logro y reconocimiento en una de las celebraciones Dionisiacas, (*Leonas*) antes de alcanzar los 30 años.

hablar de esta manera – para de esta manera tratar de esclarecer la función y de algún modo, el sentido de la existencia.

Así pues el amor – según sus propias palabras – no es sino una trampa impuesta por la naturaleza al hombre mismo, en aras de la conservación y posterior prolongación de la especie humana (Schopenhauer 2007: 22), lo que deja ver cómo la naturaleza animal cierra casi en su totalidad esa brecha imaginaria que parece existir entre esta y la condición humana, a saber, que – por lo menos en cuanto a su conservación – no se encuentra tanta diferencia entre el “león” y el hombre en sí.

Esto a su vez, pretende originar entre otras cosas, que el ser reconozca, se comunique y de alguna forma, proteja su naturaleza animal, la cual en muchas ocasiones queda relegada ante el desmedido deseo de avanzar en cuanto a la ciencia y el conocimiento, de cierto modo, se conmina a la humanidad a no olvidar eso que se encuentra implícito en ella, aquellos instintos que gracias, en parte a la contraposición impuesta por el entorno socio-cultural fueron sublimados transformándose en hábitos tan cotidianos y recurrentes que se diluyeron en sí mismos lanzando algunas veces ciertos impulsos casi imperceptibles.

Continúa con sus consideraciones, esta vez dejando ver a la mujer como aquel ser útil para la generación de nuevos seres, quien se encarga de proteger y formar a quien a su vez sería el producto de lo mejor de sí misma, cuidándolo de manera casi extrema durante los primeros años de su vida y posteriormente contribuyendo una vez más a la contribución de un nuevo ser; Schopenhauer concede así una gran preponderancia a las formas físicas, – tanto femeninas, como masculinas – lo cual procura expresar a primeras luces, esa posición tan aparentemente biológica que dice defender.

Junto a esto, pretende afirmar que, aunque su concepción con respecto al amor se ha convertido en blanco de crítica y oposiciones, debido a su consideración tan física e instintiva, es innegable que esta existe y que se lleva a la práctica constantemente.

Pues, de hecho, toda impresión causada en el ser humano, debe necesariamente pasar en primer lugar por los sentidos, y toda atracción, comienza siendo una impresión, así pues la atracción entre los seres se produce principalmente gracias a sus características exteriores.

Finalmente, y pese a que el tema, no sea la ocupación de las siguientes líneas, al proseguir con el hilo conductor con el que ha decidido llevar a cabo, su obra, presenta a la muerte como ese proceso igualmente natural de la vida misma que la lleva término y asimismo se condicionan en forma recíproca; sin embargo sigue afirmando su posición con respecto a la vida, a saber, mostrando al amor como aquello que la genera, a la mujer como su protectora y a la muerte como aquello con lo que se condicionan mutuamente.

Por otra parte, aunque el amor – bajo la mirada de este pensador – se muestra, como ese “*engaño de la naturaleza*”, también algunas veces lo deja ver como ese producto del azar, de la casualidad del destino e incluso producto de lo que podría nombrarse como ese sentimiento dulce e inexplicable, hecho que puede dilucidarse de cierta manera, cuando el mismo Schopenhauer afirma que, en ciertas situaciones, una mujer culta, hacendosa y diestra en las artes, suele fijarse, por causa de los accidentes de la naturaleza, en un hombre decididamente tonto, y viceversa, un hombre con diversas cualidades igualmente puede poner su atención, en una mujer que no posea necesariamente las virtudes semejantes a estas.

Esto se genera justamente gracias a la búsqueda de un complemento y al hecho de que cada quien desea aquello que no tiene, y puesto que las carencias del ser son diversas, igualmente diversos son los modos en los que se atraen los seres.

En consecuencia, puede evidenciarse, con mayor claridad, tanto que la proposición afirmada por Platón no se basa únicamente en la virtud ni en los sentimientos sublimes y esenciales del ser humano, como también que la teoría que expone y defiende el pensador, Arthur Schopenhauer no es estrictamente biológica y corporal como aparenta; por consiguiente a fin de otorgar una mayor comprensión y asimismo brindar un mejor soporte filosófico a la anterior hipótesis, tendrá a bien referirse con mayor profundidad y

con un dedicado y concienzudo análisis a las obras ya mencionadas en este escrito, es decir *El Banquete*, y *El amor, las mujeres y la muerte*.

De este modo y de acuerdo con lo expuesto hasta el momento cabe resaltar la forma en la que se llevará a cabo el desarrollo de dicho tema, a saber, cuales serán sus argumentos centrales y asimismo que temática interna se presentará en cada uno de ellos, pues bien dichas consideraciones conllevan la – ya mencionada – elaboración de un texto que tendrá a bien exponerse de la siguiente manera:

Capítulo I: *El Banquete y las consideraciones platónicas del amor entre el ideal, el deseo y el instinto:*

En este primer capítulo se intenta esclarecer, inicialmente, lo que podría considerarse como el surgimiento del amor, tal como se le pensaba entonces, ya como el más antiguo de todos los dioses, como el más virtuoso y digno de alabanza, como esa fuente de belleza inagotable, o – en contraste – como ese mendigo que deambula descalzo procurando siempre alcanzar todo aquello que anhela y desea, siempre a la sombra de su compañera, la hermosura, ese jovencito ambicioso que se inmiscuye en el alma de los hombres, perturbando sus pensamiento, ya finalmente como ese *Damon*, que afecta a toda la humanidad con su impetuoso fervor.

Con el fin de alcanzar dicho propósito, se indagará con respecto a sus orígenes y procedencia, a partir de la naturaleza de los dioses, quienes a través de la mitología Griega, se han permitido representar por largo tiempo, a este complejo elemento vital; proceso que se llevará a cabo teniendo en cuenta el previo análisis que se habrá realizado a la ya mencionada obra platónica.

De manera conjunta, se expondrá en el capítulo en cuestión, la tesis que ostenta cada uno de los oradores que asisten al mencionado banquete, – desde el encomio a *Eros* realizado por *Fedro* hasta el elogio pronunciado por el festejado *Agatón* – mientras que la tesis de *Sócrates* se trabajará con una mayor atención, durante el desarrollo del presente texto.

Esto con la intención de dar a conocer, de cierto modo, la “transición” – si es posible hablar de esta manera – que sufre el concepto del amor, conforme al transcurrir de esta reunión, esto es, como de iniciar siendo “*de entre los dioses, el más antiguo, el más venerable y el más eficaz para asistir a los hombres vivos o muertos, en la adquisición de virtud y de felicidad*” (*Banquete*:180C), – en palabras del orador – pasa a convertirse en el más joven y tierno de todos ellos (195A), según lo declarado en el discurso del joven dramaturgo homenajado en aquella ocasión. De esta forma, se realizará dicho examen, hasta conseguir establecer en qué momento de este diálogo platónico empieza a proponerse la división y el carácter dual presente en este concepto del que ya se ha hecho mención en repetidas ocasiones, y junto a esto, sobre todas las cosas tratar de esclarecer el primer instante en el que, de algún modo, deja de verse al amor como virtud, a la que aspiran todas las almas de los hombres, y se observa como ese instinto que atrae a los cuerpos entre sí.

Al analizar de esta forma dicha obra, se abre la puerta a un concepto más profundo, y menos trabajado, del amor platónico, en el que destellan los primeros rayos de deseo e instinto en la humanidad, expuesto en los textos de este influyente filósofo de occidente; además de mostrar las primeras nociones de la concordancia entre las teorías que con respecto a este tema ostentan y defienden los representantes del pensamiento que aquí se han referido.

Capítulo II: *Schopenhauer y el amor instintivo*

En el capítulo en cuestión – y teniendo en cuenta el criterio del amor como instinto propio de cada hombre, se abrirá paso a la exposición de la concepción física y biológica, que sobre el amor ostenta el pensador Arthur Schopenhauer, manifestando en primer lugar, de que manera se concibe el “personaje” de la mujer en esta obra, (*El Amor, las mujeres y la muerte*) a la que a primeras luces puede observársele, tras la mirada de este pensador, como ese ser débil y de poca importancia el cual, según el propio filósofo: “*paga su deuda a la vida, no con la acción sino con el sufrimiento. Los dolores de parto y los cuidados de la tierna infancia*” (Schopenhauer 2007: 53).

Ese “elemento” que la naturaleza ha tenido a bien concebir, con el único fin de contribuir a la prolongación de la especie y de complementar la existencia del hombre al satisfacer sus necesidades y proveerle de lo que este carece, llenando así los posibles vacíos que quizá este posea, al otorgarle como compañero, otro ser quien además de intentar suplir dichos requerimientos, busca, solventar a través de este sus propias necesidades.

Pues bien, pese a lo que pueda pensarse luego de tener en cuenta tan particular visión de lo femenino, Arthur Schopenhauer, además de expresar tan específica consideración, también, tiene a bien observar en el género femenino esa esencia protectora que sirve de amparo durante los primeros años de todo hombre, así como su especial focalización de lo inmediato que le permite prestar atención a los detalles y a su vez desarrollar una mayor precaución ante los posibles peligros y evidentemente el anhelo de prolongar y extender su existencia misma, mediante la generación de una nueva vida.

Además se analizará en dicho apartado, aquellas características específicas presentes en cada uno, que se supone suelen atraer a los demás, esas de las que el ser humano hace gala y busca preservar y resaltar por todos los medios necesarios, esas mismas que pretenden obtenerse ya mediante la naturaleza ya de alguna otra manera, o bien, esas que ciertas clases de hombres poseen y de las cuales él mismo ni siquiera se percata pero que, ante los demás suelen relucir en gran manera; por otra parte, aunque ligado a esto, se pretende hacer ver, de forma clara y precisa, una de las tesis expuestas en el texto que servirá de base al presente trabajo, la cual aduce que cierta clase de particulares que atraen a unos y otros, son precisamente las propias carencias individuales, y esto con el fin no sólo de complementarse entre sí mismos, sino además con el propósito de generar un futuro ser, que en lo posible no posea falta alguna, o que en su defecto, no tenga para sí las necesidades que alguno de los dos posee en ese momento.

Pues como él mismo lo afirma a través de un diálogo entre dos representantes de cada uno de los géneros, cada quien le ofrecerá a dicho ser, lo que el otro no tiene, es así como cada uno empieza por nombrar los evidentes atributos que puede brindar y

asimismo a señalar las privaciones de su compañero, entre dichos atributos se encuentra cualidades como la inteligencia y el ingenio las que obviamente pertenecen al espíritu humano, lo que muestra a su vez que la atracción no está exclusivamente ligada al exterior de los seres.

Con la exposición de este capítulo, se procura – al igual que con el anteriormente presentado – ir estableciendo paso a paso las posibles conexiones que existen esta vez entre la ya conocida teoría platónica y la inmediatamente precedente.

Capítulo III: *A propósito de la mirada oscilatoria*

Luego de haber desarrollado los dos primeros apartados, en el presente capítulo se llevará a cabo la argumentación de la tesis central del presente texto, mediante el estudio y el examen concienzudo de las obras aquí nombradas.

Ahora bien, tras lo anterior, y confiando en que cada uno de los argumentos haya esclarecido de manera alguna las cuestiones propuestas en el texto, se pretende inicialmente dar a conocer – si es esto posible- la condición y las características esenciales de aquello que estos dos relevantes exponentes del pensamiento humano consideran con respecto al concepto del amor, con el fin de entender de algún modo si en verdad debe ser visto como esa fuerza sublime puesta en todo, digna sólo de lo mejor y más grande, o si por otro lado debe considerársele como una potencia instintiva, que impuesta por la naturaleza desde el inicio de la existencia misma, actúa como generadora de vida al extraer, – si cabe el término – lo mejor de dos seres para llevar a cabo de este modo la creación de un ser superior y por ende de una mejor y más desarrollada generación futura.

Así, mediante estas breves líneas se busca, aparte de todo lo ya expuesto, más que intentar resolver una duda, concebida tras las diversas especulaciones sobre el tema y el desmedido interés por tratar de obtener un claro concepto del mismo, generar muchos más interrogantes que de igual modo abran paso a nuevas y profundas investigaciones sobre el mismo, con el fin de socavar en sus cimientos y de este modo develar – si no la

verdad – la realidad sobre eso a lo cual se han dedicado un incontable número de hombres a lo largo de tantos años.

CAPÍTULO I

El Banquete y las consideraciones platónicas del amor entre el ideal, el deseo y el instinto

*“Todos sabemos, en efecto,
que no hay afrodita sin Eros.
Por consiguiente, si afrodita fuera una,
uno sería también Eros.
Más como existen dos,
existen también necesariamente
dos Eros.”*

(Platón, *Banquete*: 180D).

Desde tiempos inmemorables un incontable número de hombres ha intentado delimitar el concepto del amor a tan sólo unas pocas líneas, esto, con el fin de conseguir una dilucidación clara y certera del mismo, no obstante, ¿cómo definir este “sentimiento” cuando para él existen tantas y tan variadas acepciones? Pues quizá esto sea posible si se socavan sus cimientos y se indaga con respecto a sus orígenes mediante un análisis realizado a la naturaleza misma de los dioses que fueron elegidos para representarlo en el diálogo Platónico “*Banquete*”. Y es precisamente esto a lo que se dedicará el presente capítulo, mediante un examen efectuado a cada uno de los discursos mencionados en su orden por los asistentes a aquella reunión, exceptuando momentáneamente la intervención de Sócrates, la cual como ya se ha dicho, tendrá a bien exponerse en el tercer capítulo del presente trabajo.

Ahora bien, al reparar un poco más en estas cuestiones, puede observarse en primer lugar que al iniciarse el debate en torno a *Eros* con respecto a la procedencia de este dios, Fedro hace una disertación muy poco relevante, pues si bien aduce que “*es entre los dioses el más antiguo*” (*Banquete*:180B) nunca explícita propiamente sus inicios ni su naturaleza, además dicha afirmación cuenta con un sustento literario – no filosófico – pues se fundamenta en un texto del poeta Hesíodo titulado *Teogonía* hecho que hace dudar un poco la veracidad de esta aseveración, pues este, es un texto poético basado principalmente en observaciones subjetivas.

Pese a esto, el discurso de Fedro resalta una de las más importantes y trascendentales características del *Eros* y que quizá puede conducir hacia su verdadero origen o por lo menos a uno de sus significados más certeros; así pues este orador define al objeto de su encomio como aquel dios que inspira valor y una conducta loable, guiada siempre hacia las buenas acciones, a los hombres enamorados, pues según él mismo:

“Lo que, en efecto, debe guiar durante toda su vida a los hombres que tengan la intención de vivir noblemente, esto, ni el parentesco, ni los honores, ni las riquezas, ni ninguna otra

cosa son capaces de infundirlo tan bien como el amor. ¿Y qué es esto que digo? La vergüenza ante las feas acciones y el deseo de honor por lo que es noble, pues sin esta cualidad, ni una ciudad, ni una persona en particular pueden llevar a cabo grandes y hermosas realizaciones". (Banquete: 178D).

Tras esto podría entenderse a Eros como una esencia vital que ejerce un cambio en quienes posee, haciéndolos reconocer y valorar más las vidas de sus amados así como las suyas propias, sin embargo ¿qué tan cierta puede ser esta afirmación? Es decir ¿en realidad este dios inspirara tanto interés en la vida de los amados, o quizá los enamorados buscan proteger al objeto de su amor, más que por el sentimiento mismo que supuestamente estos les generan, por un deseo de que se les reconozca como el más honorable y digno de los amados? Si Fedro afirma que es doloroso para un amado el que su amante lo observe actuando de mala manera, no es precisamente porque el primero haya deseado siempre comportarse en buena forma, y quiera mostrarle al amante su personalidad "sincera y honesta", antes bien, (el hecho de actuar de modo correcto) se convierte en una conducta casi obligatoria para el amado por la imagen – "ideal" si es posible hablar así – que este posee ante quien le ama.

Y es por esto mismo, que arriesgan su vida y son los mejores en batalla, ya que está en juego, más que su propia vida, su imagen y el reconocimiento del que los hacen objeto estos últimos; además, algo que podría dar sustento a la concepción que Fedro intenta expresar en cuanto a *Eros*, es precisamente la definición que le otorga Sófocles en su obra *Antígona*, en donde lo define como: "*el invencible en batallas*" (*Antígona*: 185A) – el héroe – ; y pese a que tratar de definir un concepto, tan polisémico como éste, con la ayuda de una tragedia es algo arriesgado, es por todos conocido que las voces griegas poseen diversas acepciones y aunque sus traducciones iniciales no son siempre las más acertadas, en este caso se aplica perfectamente.

Así, es posible observar que, si bien Fedro no hace mención a la genealogía del dios en cuestión, sí alude de cierto modo a sus inicios y trata de esclarecer lo que para él sería su significado original, además aparece por primera vez uno de los tantos lugares comunes en este diálogo Platónico, a saber, el criterio de deseo, que se muestra precisamente

cuando se hace referencia a la avidez de reconocimiento, y que se tratará con mucha frecuencia, no obstante con diversas concepciones, en este popular festejo.

Por otra parte, al finalizar el primer encomio, se da paso al discurso de Pausanias, quien empieza el mismo refutando a su antecesor, por cuanto éste no expresa con claridad, al Eros que está siendo objeto de sus loas. Teniendo esto presente procede a argumentar principalmente la dualidad de su carácter y, asimismo, la iniciación de las diversas deidades que se supone hicieron parte de su origen, el historiador emprende su explicación en cuanto al carácter dual del dios ya referido afirmando que lejos de existir un único *Eros*, existen dos de ellos, el que corresponde a Afrodita *Urania* y el perteneciente a Afrodita *Pandemos*, dos diosas que contienen en sí mismas personalidades – si es lícito hablar de este modo – o esencias, las cuales, si bien a primeras luces parecen contraponerse, al tener un mayor conocimiento de las mismas puede observarse como alcanzan una complementación asombrosa, que abre la puerta a una de las más reconocidas teorías psicológicas.

Con respecto a la procedencia de estas deidades, el mencionado historiador afirma por una parte que la primera ha nacido de la espuma en el momento en que Cronos castra a Urano – su padre – perdiéndose su falo en el mar. Al ser concebida únicamente por un dios del género masculino, Afrodita *Urania*, es considerada como la representante de un amor más puro e incorruptible, además, es descendiente de quien fuese considerado como el “dios del cielo”, y de ahí su carácter celeste y espiritual al que le atrae más que el cuerpo, el alma de los seres en sí, hecho por el cual, esta “clase de *Eros*” es digno sólo de los mejores, más ilustrados y bondadosos hombres.

Por su parte, la segunda diosa aquí referida, a saber, Afrodita *Pandemos*, proviene de la unión entre Zeus – padre de los dioses y los hombres – y Dione, supuesta reina de todas las diosas y un equivalente femenino de Zeus precisamente.

Hecho al que podría atribuírsele, su carácter altivo y su atracción hacia lo superficial, a esto se le suma el haber sido creada por dos dioses con naturalezas diversas, lo que hace a este “tipo de amor” atractivo incluso para mujeres (lo cual era considerado como

algo indigno) y propio de los menos ilustrados, atractivo en demasía para los jóvenes y común entre la mayoría del pueblo.

De este modo se ve claramente como Pausanias, explicita de manera certera la dicotomía presente en este dios, y, aún sin proponérselo, concuerda en cierto sentido con Fedro al aludir una vez más al concepto de deseo, no obstante el primero acude a esta noción, como la ambición al reconocimiento, en tanto que quien lo precede, lo deja ver como el ímpetu de poseer un cuerpo bello atraído por su superficial y aparente belleza.

A esto además se suma el criterio de oposición con el que ambos lo conciben, pues mientras que para el primero lo toma como digno – al inspirar la valentía y las buenas acciones entre los hombres – para el siguiente orador es considerado el deseo como algo indigno, por pertenecer al amor vulgar proferido por la ya referida Afrodita *Pandemos*. En cualquier caso, y por extraño que parezca, los dos hacen referencia al mismo punto, a saber, el querer alcanzar algo que hasta el momento no poseen; así en esta locución se hace referencia nuevamente, y esta vez con mayor profundidad, a la voz deseo, y además se introduce un nuevo concepto, que igualmente vendrá a convertirse en lugar común en este diálogo, este es, el del amor como sentimiento ideal y celeste digno sólo de los mejores y lo más valientes hombres.

Pues bien, hasta este punto del texto se ha concebido al amor dentro de una mirada dual en la que se presenta cierto carácter de contradicción, por parte del sentimiento ideal y celeste, y el físicamente deseable y atractivo. Sin embargo, pese a que esta concepción divisoria continúa presente en cada uno de los discursos restantes, mediante la intervención de Erixímaco, se abre la puerta a una tercera mirada, que hasta entonces no se había considerado, pues aunque concuerda con el criterio de dualidad presentado inicialmente por Pausanias, éste joven estudioso y amante de la medicina afirma que la locución de su antecesor ha quedado un tanto inconclusa, ya que este no dio a conocer, de una forma explícita, los espacios en los que solía ocupar este dios, es decir, si bien el historiador indica que el *Eros* habita principalmente en el espíritu de los seres humanos, se detiene allí mismo sin socavar los cimientos de esta afirmación. Hecho que precisamente Erixímaco desea refutar cuando expresa:

“Que Eros es doble, me parece, en efecto, creo que lo ha distinguido muy bien. Pero que no sólo existe en las almas de los hombres como impulso hacia los bellos, sino también en los demás objetos como inclinación hacia muchas otras cosas, tanto en los cuerpos de todos los seres vivos como en lo que nace sobre la tierra, y , por decirlo así, en todo lo que tiene existencia (...) (Banquete: 186A).

Al declarar esto, Erixímaco está introduciendo el concepto del amor como instinto, ya no sólo como aspiración a lo bueno, o como necesidad de solventar una carencia individual, sino como esa fuerza impetuosa, como ese “*Impulso*” que exhorta a toda la naturaleza a realizar diversas e inimaginables acciones, pero aún cuando dicha fuerza se encuentra presente en cada uno de los elementos de la naturaleza, nuevamente es “víctima” de la división al poblar, por una parte a los cuerpos enfermos y de otra manera al dirigirse hacia los cuerpos sanos; así pues, el concepto expresado por Pausanias en cuanto a las acciones bellas y feas y su relación con el amor proferido por Afrodita *Urania* y Afrodita *Pandemos*, equivale respectivamente a la declaración de Erixímaco con respecto al tratamiento que debe otorgársele a los cuerpos sanos y enfermos.

Por otro lado, Erixímaco define a la enfermedad como una enemistad entre los componentes corporales y confiere a sus pares la tarea de armonizar y comunicar dichos componentes, con el fin de conseguir la buena salud para su paciente; además de esto, el médico asegura que esta comunión no debe presentarse sólo en lo que atañe al cuerpo sino también debe estar presente en cada uno de los elementos de la naturaleza y de su entorno en general. Ahora bien, al hecho de alcanzar esta misma armonía y comunión entre los elementos dispares, es la que Erixímaco define como el amor celeste.

En tanto que el que sólo procura placer entre los seres pertenece al amor físico, no obstante, esta clase de amor no representa ninguna impiedad para el orador en cuestión, quien en realidad no tienen problema en reconocer y afirmar la presencia de los apetitos corporales como algo propio de los seres, puesto que estos son perfectamente aplicables en tanto se les administre con la debida medida, e inclusive asegura que esta “clase de

amor” suele ser el complemento indicado para el primero, trayendo así a colación una vez más el concepto de armonía y homogenización.

Y es precisamente, mediante la búsqueda de esa homogenización y de ese complemento, que se genera ese sentimiento de vacío producido al percatarse de la ausencia y la necesidad de algo, esa misma sensación que el hombre suele denominar deseo. Pero, si justamente el deseo proviene de los requerimientos individuales del ser humano, quien aunque es consciente de dichas necesidades, no sabe con exactitud qué es eso que requiere con tan desmedido afán; cabe preguntarse ¿cómo puede ser objeto del deseo, aquello que no se conoce hasta el momento?

Pues bien, posiblemente el hombre ya conocía aquello que le completaba, de repente sabía de antemano que previamente había contado con algún elemento o posesión que fortalecía su voluntad, lo llenaba de ímpetu, motivo por el cual ahora tiene la certeza de que ya no está – o al menos que no se encuentra junto a él en ese momento – de ahí su desmedido requerimiento así como su fervoroso interés en hallarlo.

Probablemente haya algo de verosimilitud entre los requerimientos emocionales humanos y las experiencias y situaciones que, se supone, vivieron seres presentes en otro tiempo; tal vez Aristófanes tenga algo de razón cuando aduce que en el principio de todo existió – además de las dos géneros por todos conocidos- un ser andrógino pleno en sí mismo, capaz de todo así como ávido de todo cuanto pudiera alcanzar, colmado de ideas y audacia, dicha creatura extraña se constituía de lo que podría considerarse como la fusión de dos hombres – entendido como ser humano – con las partes propias de cada uno aunque compartidas, lo que evidentemente lo hacía poseedor de una colosal rapidez, energía y agilidad.

Todas estas habilidades provocaron en tan particular creatura, un cierta sensación de superioridad, hecho que derivó en un ataque irracional en contra de los dioses, ya que este poderoso y arrogante ser, pretendía ostentar el mismo título de sus gestores además de acceder del mismo modo a sus ventajas y privilegios, razón por la que decidió

aventurarse y visitar la morada de los dioses sin previo aviso, con el fin de atacarlos y apoderarse de sus tronos.

Al contemplar tan altanera empresa, todos los dioses sin excepción se reunieron con el fin de detener esta situación y además – claro está – aplicar un correctivo a tan insolente “hombre” pese a su certera determinación, los padres de todo, enfrentaban una compleja circunstancia, pues ¿qué hacer con él? No concebían el hecho de hacerlos desaparecer, ni fulminarlos en forma total, pues entonces ellos mismos también se encontrarían en desventaja, puesto que cesarían los honores y las loas que de los hombres mismos recibían, fue así como Zeus tomó la decisión de dividirlos en dos de esta manera, no se extinguiría su raza, por el contrario, sería multiplicada gracias a la generación de nuevos seres, los cuales a su vez seguirían adorándole, y a su vez se harían más débiles dejando de lado su sentimiento de superioridad; El padre de los dioses y los hombres llevó a cabo lo que había dispuesto, para que de esa forma cada hombre se dedicase a sus labores. (Cfr: *Banquete*: 190A).

Esta leyenda brinda algunas luces, para el esclarecimiento de la naturaleza que ostenta el *Eros*, además de concordar en gran manera con el encomio hecho por Fedro, en cuanto a el discernimiento de heroicidad y valentía presentes en los hombres a los que posee este dios, pues podría pensarse que son estos dos sentimientos los que llevan a los personajes de la referida leyenda a desafiar a sus principales benefactores, así, de un modo curioso, el comediante, refuerza el concepto del amor como instinto natural y de conservación de la raza humana mediante la generación misma de nuevos seres; así como el de homogenización como condición de posibilidad para el amor, concepto que expresa al dar a conocer ese ser andrógino protagonista de su mito.

Por extraño que pueda parecer en un principio, este mismo concepto de homogenización se encuentra implícito en el discurso de Agatón, quien inicia su intervención enumerando las incontables propiedades del *Eros* tales como que es joven, flexible, justo, honesto y loable, cualidades que conforman en sí mismas la belleza de esta divinidad, luego de esto argumenta su simpatía con los conceptos expresados por sus antecesores, en lo referente a la atracción y el amor hacia lo semejante, demostrando de este modo que el

referido dios tiende siempre a la hermosura presente en los seres humanos, pues si *Eros* es bello y ama todo lo que se le semeja, necesariamente debe amar a todo lo que ostente esta cualidad. Sin embargo, esta belleza no se reduce a la atracción por la estructura física o a los accidentes corporales presentes en los diferentes seres humanos, antes bien esta concepción de la belleza, se conformada gracia a una visión más amplia del ser amado, o mejor, de quien probablemente pueda merecer el amor que alguien más quiera brindarle, esta mirada se da esencialmente en el amante educado e instruido que la concibe como: *(Kalon) "Belleza absoluta"* la cual toma en cuenta, tanto la composición biológica de los seres, como el valor de sus almas y su nivel cognitivo, de modo que, en el momento en que el amante educado observa todas las cualidades y características de su ser amado en general, dejando de lado la particularidad que este pueda tener como individuo, antes bien divisándolo como un ser homogéneo, cuyos atributos trascienden lo corporal, de este modo, al iniciar este particular ejercicio de observación:

Primero, se compara el valor de los cuerpos frente al valor de las almas y, resultando "pequeño" entonces se amplía la visión para englobar el valor de las leyes, instituciones y ciencias. Al final el amante, "transformada" su mirada por la educación, es capaz de concebir el conjunto de lo Kalon como un gran océano, cuyos componentes son, cual gotitas, cualitativamente indistinguibles" (Nussbaum, 1992: 218).

Luego de lo anterior, es posible ver como el concepto de belleza platónica, entendida siempre como *Kalon*, pretende ir más allá de a mera apariencia externa que ostentan cada uno de los seres humanos, teniendo en cuenta además de esta, muchos otros atributos internos, los cuales se convierten en ocasiones, en el mayor atractivo para el sexo opuesto; por otro lado, esta misma belleza sirve de guía al instinto, y por imperceptible que parezca, es quien le indica, que clase de atributos y cualidades deben atraerle.

Así pues, es posible concluir en este primer capítulo, que lejos de conformar ese sentimiento, magnífico y celeste que suele atribuírsele al pensamiento platónico, el amor en sí mismo es movido por una fuerza interna presente en cada ser humano y aunque

esta se guiada por la belleza absoluta, no comporta más que un mero instinto, cuya verdadera intensidad se intentará dar a conocer, durante el trascurso del presente texto.

CAPÍTULO II

Schopenhauer y el amor instintivo

*“El amor, tal como existe en la sociedad,
no es sino el cambio de dos fantasías
y el contacto de dos epidermis”*

Chamfort*

* **Sébastien-Roch Nicolás, (Chamfort)**, (n. Clermont-Ferrand Francia, 6 de abril de 1741 - París, 13 de abril de 1794). Moralista francés, lúcido y escéptico, firmó sus escritos con el pseudónimo **Chamfort Nicolás de**. Fue elegido miembro de la Academia francesa en 1782.

Habitualmente, el amor suele ser definido como el sentimiento intenso que se produce en el hombre, en el momento en que éste se percata de sus propias carencias y anhela encontrar un ser que pueda llegar a solventarlas, es decir, que éste se da a partir del sentimiento de deseo; sin embargo, – y como ya se ha dicho – si se desea precisamente aquello de lo que se carece y a su vez se desconoce qué es con exactitud eso que se necesita ¿Como es posible amar a aquello que se ignora?

Pues contrario a lo que pueda pensarse, el amor no proviene de una carencia, sino de una certeza, a saber, no se genera de una sensación de vacío, sino de un sentimiento que ya está ahí, un sentimiento que hace parte de todos los seres, y que los conmina a preservar y prolongar su especie, lo que finalmente se requiere y se espera por parte de todo ser vivo, dicho sentimiento es denominado por Schopenhauer como *el amor instintivo*, quizá se considere esta, una concepción un poco física y carnal para expresar esa emoción que se prodigan la mayoría de los hombres mediante sonetos, retratos o composiciones líricas; no obstante, de verse así este sentimiento, lograría entenderse el porqué de las acciones irracionales que éste suscita, pues bajo el peso de los impulsos, pocas veces puede abrirse paso la razón.

Con esto, cabe preguntarse, ¿qué puede llegar a producir el instinto? Ese impulso presente en cada hombre incluso desde el momento en que este nace. Schopenhauer aduce que:

“Una inclinación viva y aun gobernable puede superar por su violencia a todas las demás pasiones, echar a un lado todas las consideraciones, vencer todos los obstáculos con una fuerza y una perseverancia increíbles, hasta el punto de arriesgar sin vacilación la vida por satisfacer su deseo, y hasta perderla si ese deseo no tiene esperanza de ser alcanzado” (Schopenhauer 2007: 20).

Así es posible ver los alcances de dicho ímpetu en los seres, además de observar como el deseo y el amor se producen a partir del instinto amoroso mismo y no al contrario; por otra parte, se sabe ya que el amor instintivo se halla presente en todos los seres vivos, pero ¿en qué momento llega a desarrollarse? Quizá – tratándose de los hombres – se

despierta en el instante en que estos perciben que hay a su alrededor otros seres similares, que poseen en su interior aquello de lo que ellos mismos carecen precisamente, de este modo se siente impulsados fuertemente a procurar su compañía y aún cuando piensen que hacen esto en aras de su propia plenitud, lo realizan por una razón muy diferente – aunque muchas veces de manera inconsciente – esta es, la generación de un nuevo miembro de la especie humana que no cuente con sus mismos requerimientos.

A esta fuerza impulsadora que se presenta entre los seres se le denomina atracción o deseo, el cual en ese momento sí conoce lo que necesita y bajo este criterio va en su busca, puesto que ahora es precisamente el amor como instinto quien lo guía, de esa manera al hombre le atrae precisamente lo que en él causa impresión aquello que en un solo instante le produce un gran impacto en sus sentidos, las formas bellas, la hermosura de un cabello, la tersura y delicadeza de un rostro, la fineza y sensibilidad de un cuello, la voluptuosidad y fortaleza de un pecho, el fino talle de una cintura, la prominencia de unas caderas, la longitud y torneado de unas piernas o la delicadeza y textura de unos pies. Sin embargo, no es esto lo único que causa algún tipo de impresión o atracción entre los sexos, también ejercen poder sobre los sentidos, características que aunque no pueden verse a primeras luces, sí son susceptibles a la percepción, a saber, la pulcritud, la nobleza, los modales, la educación, la instrucción, los atributos intelectuales, la sapiencia y la bondad de corazón – característica que admiran justamente las mujeres, en los representantes del sexo opuesto – (cfr: Schopenhauer 2007: 26).

No obstante todo lo anterior, no siempre confluye en un individuo específico, es decir, no todas las características se encuentran presentes en una sola persona, o bien la persona a quien le atraen no se fija con detalle en todas y cada una de ellas, antes bien, llama la atención justamente (como ya se ha dicho) esas particulares “cualidades” que la naturaleza ha negado a cierto ser humano, lo que quiere decir que, si una persona posee en sí misma debilidad muscular, preferirá siempre a alguien de fortaleza física superior, al mismo tiempo, si alguien ostenta un carácter fuerte e impetuoso, se fijará antes que en nadie más, en un hombre cuya forma de ser se mueva siempre entre la tranquilidad y la paciencia, entonces sí un enorme número de personas tienen propiedades físicas o

psíquicas similares ¿un hombre puede sentirse atraído por todas ellas en un mismo instante?

De ser así la pérdida del ser amado no tendría tanta importancia en los seres humanos, pues tal como propone Martha Nussbaum: *“la pérdida de una (persona) podría ser compensada de manera plena y exacta por la llegada de la siguiente con las mismas características”* (Nussbaum 1992: 564), pues alguien más tomaría su lugar como ocurre con todos los elementos de la naturaleza. Pese a lo dicho, la pérdida del objeto amado suele suscitar un dolor y un sufrimiento inexpressable en el amante, esto se produce ya que únicamente se tiene en cuenta aquel que se supone puede suplir cada una de las carencias de un ser humano en su totalidad, por lo que asimismo podría explicarse el motivo por el que, en ocasiones, atraigan al hombre algunas de las “cualidades” más impensables del sexo opuesto, como las imperfecciones físicas o las deformidades psíquicas, puesto que estas mismas puede en cierta forma aliviar los requerimientos del otro y actúa de esta manera asumiendo que satisface sus deseos individuales y así encuentra su bienestar y su integridad, junto a quien a partir de ese momento pasara a ser su compañero, e inclusive por momentos siente que lo emplea para sus fines personales trabajando a cada instante en pro de sí mismo.

A pesar de lo que el piense, al hacer esto está obrando en aras de un mejor futuro no sólo para su entorno sino para el mundo en general, pues el verdadero objetivo de la atracción entre los seres es justamente la creación de nuevos seres quienes a su vez no ostenten las carencias de quienes los crearon eliminando de esta forma, sus posibles imperfecciones.

Del mismo modo, al contribuir en la creación de alguien más, extiende su vida, prolonga sus aspiraciones y sus valores, pues en este nuevo ser se encuentra reunidas nuevamente todas sus cualidades tangibles y espirituales, las cuales ahora fusionan con otras que las apoyan y complementan se elevan y fortalecen día tras día alcanzando de este modo, y mediante su propia sangre, aspiraciones que se había propuesto durante el transcurso de su vida.

Junto a esto, y aun cuando su egoísmo innato no se lo deja ver con claridad, realiza uno de los actos más inimaginables y poco recurrentes en sí mismo, sirve a los demás al cooperar con la prolongación y posterior conservación de la especie, al formar un ser superior a él mismo, conforma a su vez una especie más fuerte y más inteligente, con menos necesidades y dificultades que la anterior.

Al considerar todo aquello que podría ganar y aportar un hombre tan sólo si encontrase a ese ser que le complementara y lo acompañara en la búsqueda recíproca de la plenitud humana, evalúa y analiza, con particular precisión a los seres humanos del sexo opuesto que correspondan a sus específicas demandas y exigencias, de esta manera, los examina, con una visión casi atómica, inquisidora, meticulosa y hasta excluyente.

Con esto, se hace evidente que si el objeto de esta manipulación visual, por llamarlo de algún modo – es decir el ser humano que está siendo observado – se percata de tal empresa, opondrá una expresa y clara resistencia, pese a que él también este analizando exactamente igual a alguien más.

Es así como, al percibir todo esto, el hombre mismo en su prominente astucia, deja ver su haz bajo la manga, y hace uso de un conocido antifaz denominado romanticismo, una de las cualidades más relevantes y atractivas para cualquier representante del sexo opuesto, el cual dota al amor de una aparente y supuesta visión objetiva.

Sin embargo, dicho romanticismo, en realidad no es más que un elaborado engaño, un manto bajo el cual se ocultan las verdaderas intenciones de todo ser, el antifaz que utiliza el instinto con el único propósito de alcanzar su cometido, tantas estratagemas y tantos procedimientos precisos se emplean en la búsqueda de ese complemento que en el momento en el que finalmente este es hallado – de existir en realidad – todo es transformado, o como diría el mismo Schopenhauer enrarecido, y es justamente al percibir todo lo que puede obtener y ofrecer a través del ser en cuestión, no concibe siquiera la idea de separarse de él un ínfimo instante, no porque cause mella alguna en sus sentimientos, al mejor estilo de la Julieta que muere por su Romeo, sino, por la sensación de vacío e impotencia que genera el perder algo que hasta entonces se había

considerado exclusivo, como el infante que gime por el juguete extraviado, pese a que tiene cientos a su alrededor, así al perder por alguna razón objeto de su amor – a quien perfectamente considerado por él como un objeto – siete que le fue arrebatado o arrancado de si mismo algo que le pertenecía, sin lo cual no podrá sentirse pleno, pues sin esto le es imposible alcanzar su integridad dando vida a un nuevo ser.

Por este motivo la mayoría de los seres, habiendo encontrado ya a su supuesto complemento, se rehúsan a dejarlo ir o a perderlo de cualquier manera pues ya lo tiene, luego de un prolongado examen y una larga búsqueda, esto a su vez puede explicar el hecho de que el amor instintivo suscite tan fuertes y elevados fervores, que conduzca al hombre por los caminos de la sin razón, y lo lleve a realizar actos difíciles de creer, apoderándose de él, envolviéndolo, esta poderosa hybris, esta apasionada desmesura, actúa como demonio trastornándolo, complicando y destruyendo todo, no se consuela con la presencia de su amado, sino que exige acceder a ella de manera total, en su completud, su esencia corpórea, lo que le ofrece una vaga certidumbre de correspondencia.

Es pues este mismo criterio de posesión, el que conmina incluso a los más fuertes y valientes a dejarlo todo en pro del objeto de su amor, pues cualquier héroe preferiría ser derrotado en un incontable número de cruzadas antes que renunciar a su posesión más preciada, pues con ella procura no sólo su propio beneficio, sino el favor de la especie entera, de igual manera al perderla se vería afectado tanto el en su forma individual, como el género en su totalidad; ejemplo del sufrimiento que suele causar en un héroe la pérdida de su amada, son las lagrimas de Aquiles quien al tener que entregar a Briseida – la de hermosas mejillas – a cambio de la hija de Crises, cae en el más profundo llanto dando clara muestra de la tristeza que le embarga. De esta manera puede observarse hasta que punto lleven las pasiones promovidas por el amor instintivo, las cuales por su impetuoso espíritu hacen quebrar hasta el más fuerte de los hombres.

Además de lo anterior, permanentemente se habla de quien está enamorado como alguien sensible valiente y capaz, ese que dedica su vida entera únicamente a procurar la felicidad – tangible e intangible – la tranquilidad de espíritu, la calma, el progreso y el

bienestar de quien ama, con frecuencia se escuchan experiencias en las que el enamorado puede dar la vida por su compañero, enfrentarse a su núcleo familiar (el cual lo ha proveído de todo lo necesario durante toda su existencia) en defensa de un supuesto sentimiento que es mucho más fuerte que lo demás; renunciar a sus posesiones materiales, a su formación e incluso a su lugar en la sociedad, sólo por alguien que dice compartir este indescriptible sentimiento.

Luego de esto puede pensarse en el amor como una, *Rendición Altruista* donde una persona basa su vida en alguien más de manera exclusiva, esto es, que vive sólo por y para una sola persona que ha elegido como compañero, pero no porque su interés desmedido en este último lo lleve a hacer eso, sino por que proyecta su vida a través de el y desea solventar sus requerimientos mediante esta persona, y asimismo pretende garantizar una existencia menos complicada a el futuro ser que se generara a partir de el y su pareja, si se observa con agudeza, es posible notar que el amor como instinto constituye en si mismo una proyección ya que al verlo en el precisamente se mantiene una mirada hacia el futuro tanto de la especie como de las generaciones humanas.

Hasta aquí se ha intentado mostrar en una forma general, la manera en la que actúa el amor instintivo, el qué y el cómo de la atracción entre los seres, cómo por el hecho de sentirse atraído y entablar de cierto modo un intercambio con otro ser, se contribuye a la prolongación y la estabilidad de la especie, el criterio de posesión que se ostenta en las relaciones humanas y demás generalidades producto del individuo y sus propios instintos.

Sin embargo, parece pertinente ahora dedicarse a la manera en particular en que suele influir este instinto en cada género, considerando la individualidad de cada uno en si mismos, refiriéndose a lo que es atractivo para el hombre, pero realizando un especial énfasis en la concepción que sobre este poseen las mujeres (basados todo el tiempo en los conceptos del pensador reiteradamente mencionado, Arthur Schopenhauer).

Se ha dicho ya que la atracción en el sexo opuesto, se basa principalmente en las cualidades de las cuales justamente se carece, no obstante cabe mencionar que específicamente es lo que atrae a los géneros de forma individual, de este modo teniendo

en cuenta siempre que se buscan en el otro características que puedan contribuir en gran manera a la procreación de un nuevo ser, al hombre le atraen de un particular modo elementos como la edad puesto que la asocian directamente con la fertilidad, la abundante salud vista como lo que puede heredarse al ser que posiblemente se genere de los dos, la conformación ósea y física en general por razones evidentes y de manera incuestionable, la belleza pues sienten que está es indispensable para su posterior creación e inclusive que es lo más relevante que podría aportar una mujer a este futuro individuo. Pese a esto, no se percatan de algo aún más importante que suele aportar una representante del género femenino, el cual se dará a conocer durante el transcurso del presente texto.

Habiendo conocido ya lo que hace atractivas a las mujeres para los hombres, es momento de analizar, las condiciones inversas, a saber, lo que atrae a una mujer de parte de un hombre, suelen destacarse entre muchas otras, la edad de manera recíproca aunque mientras a los hombres les atrae la juventud, a las mujeres lo hace la madurez, igualmente mientras a los hombres les atrae a primeras luces lo físico y lo exterior, a las representantes de la femineidad les atrae de un especial modo las cualidades interiores como la valentía y la fortaleza pues de cierta forma saben que esas son propiedades que ellas mismas no podrían heredar a sus futuros hijos.

También se hace digno de admiración y atracción para una mujer, las cualidades psíquicas del hombre, es decir, lo que hace parte de su espíritu antes que de su cuerpo, ya que según afirma el propio Arthur Schopenhauer, son estas cualidades justamente las que heredarán los hijos por parte de sus padres.

Características tales como la firmeza de voluntad, que bien es siempre útil para la disciplina, el poder de decisión el cual debe en algunos casos gozar de una cierta flexibilidad, la energía de su carácter tanto para actuar como para infundirlo en el posible producto de su generación, la rectitud de sus acciones y más que cualquier otra cualidad, la bondad de su corazón.

Y aunque tras esto pueda pensarse que la mujer posee en si misma una mirada más subjetiva y sublime del amor, la verdad es que todo cuanto se admira por celeste que parezca es en si producto del instinto, puesto que por especiales que puedan ser las cualidades admiradas, el objetivo es el mismo buscar suplir las carencias individuales para que fusionadas a estas otras, den origen a un nuevo ser – y a su vez a una especie – cada vez mejor que la anterior.

Curiosamente según el mismo pensador mencionado en este capítulo, es decir, Arthur Schopenhauer, lo último que admira una mujer en un hombre es su belleza, pues cree que únicamente ella es la encargada de proveer esta cualidad en los futuros representantes de la especie humana, de repente, el hombre mismo es quien se ha encargado de otorgar a la mujer esta elevada concepción de su belleza, ya como poeta que la ha elegido por encima de muchas otras como musa de su inspiración o ya como ser natural instintivo que la hace presa de sus miradas y su admiración precisamente por sus formas exteriores cuya hermosura puede provenir gracias a las obras de la naturaleza o a los artificios de sus propias manos, quizá eso es lo que menos le importa a este. Lo cierto es que la mujer cuenta con una extrema seguridad con respecto a su belleza, razón por la cual sabe que puede dotar de ella a sus futuros descendientes y no es el foco principal de atracción en el sexo opuesto.

Lo mismo ocurre precisamente con los posibles atributos intelectuales del hombre los cuales suelen pasar desapercibidos ante los ojos femeninos ya que en palabras de este representante de la filosofía Alemana, los hijos heredan la inteligencia principalmente de la madre, – siendo este el elemento más relevante que pueda heredarse por parte de una mujer – de esta manera, de nada vale jactarse de los conocimientos ya que en unos son heredados y en los otros pasan sin causar la menor impresión.

En forma particular y pese a la desmedida misoginia que suele atribuírsele a este autor, elevan de algún modo el papel de la mujer en cuanto al amor instintivo y a la generación de mejores seres humanos pues les otorga la función de cuidar y educar a los hijos durante la tierna infancia así como el mismo dice, paga su deuda a la sociedad y al mismo tiempo, son perfectas para cuidar a los infantes porque en si mismas son como uno de

ellos; en las mujeres como en los hombres existe el instinto de la prolongación y posterior conservación de la especie mediante la creación de individuos más fuertes y capaces de enfrentarse mejor a la sociedad, pero en ellas el denominado amor instintivo está orientado más hacia el afecto, a los cuidados y las atenciones que puedan brindar a ese ser que se originó gracias a ellas, de ahí que les traten de prodigarles siempre el mayor afecto posible mediante sus cantos y sus juegos, puesto que a esto las conmina su propio instinto.

Conjuntamente procuran en gran manera que sus hijos, especialmente si estas pertenecen también al género femenino, reciban una particular instrucción en las artes y las ciencias, de este modo les otorgan “elementos” que pueden ejercer algún tipo de atracción o impresión en el sexo opuesto. Aquí aparece nuevamente el instinto de preservación de la especie, que de manera permanente ejerce su influencia en todos los seres aún cuando estos no puedan tener plena consciencia de él.

Después de lo expuesto en este capítulo, puede inferirse que, de tomarse el amor como instinto natural, pueden explicarse la mayoría de las conductas y actitudes de los seres humanos, así como los criterios de atracción y posesión que suelen tenerse en cuenta al elegir a otro ser que se supone servirá de complemento, además de los posibles “cualidades” que suelen emplear con el fin de alcanzar el único objetivo que en verdad persiguen, a saber, la preservación y el fortalecimiento tanto como de las generaciones futuras.

CAPITULO III

A propósito de la mirada oscilatoria

“Por otra parte, respecto a la procreación de todos los seres vivos, ¿Quién negará que es por habilidad de Eros por la que nacen y crecen todos los seres?”

(Banquete: 197A)

Al iniciar la construcción del presente texto, se dio a conocer el concepto que en cuanto al amor ostentaba Platón mediante el dialogo, *Banquete*, en el cual se definía como ese sentimiento celeste, sublime e inspirador, representado en sí mismo por un dios dotado de innumerables características, procedente de los más grandes dioses, que incitaba en todos los hombres a quienes poseía las mejores y más poderosas emociones, a partir de estas consideraciones en incontables oportunidades se ha interpretado a dicho filósofo – en lo que atañe al amor – como el máximo representante de un pensamiento ideal, utópico e incluso inalcanzable para los hombres.

Sin embargo, también en esta obra el mismo Platón expone por boca de su mentor Sócrates, una concepción del amor muy diferente a la que hasta ese punto del texto aparentemente había intentado mostrar; en la intervención del Estagirita se demuestra una vez más su método mayéutico que emplea en aras de mostrar el error en el que se encuentran los demás oradores al considerar a *Eros* como un dios cuando según sus propios conocimientos, este pertenece a una especial y poco referida categoría, muy lejos de ser la delicada y bella divinidad a la que todos veneran.

Es así como, con el propósito de dejar ver a sus compañeros sus propios puntos de vista con respecto a este concepto, recurre a las enseñanzas que recibió el mismo de parte de una mujer – algo curioso si se piensa – Diotima de Mantinea, una sacerdotisa quien según parece, es muy diestra en lo que se refiere a estos asuntos, esto dicho por su propio discípulo.

Esta conocedora mujer, al igual que quien aprende de ella estos conceptos, indaga a su aprendiz a cerca de ciertas acepciones con el fin de mostrarle que en todas las cosas suele existir un punto medio y en cierta medida una homogeneidad, es decir, un punto entre la ignorancia y la sabiduría, entre la opulencia y la indigencia, y de esta manera en muchas otras cosas.

Así también, afirma Diotima que existe un punto medio en *Eros* mismo, pues este según ella y contrario a lo que todos los oradores piensan, no contiene la naturaleza de un dios, ni tampoco la de un hombre, antes bien, es un *Damon*, un espíritu comunicante, un mensajero existente entre los dioses y los hombres, el cual cumple su función en la tierra sirviendo de intermediario precisamente entre estos dos seres, esto es, dando a conocer los deseos de los humanos a los dioses así como los designios de estos últimos a los hombres.

Con el fin de obtener una mayor comprensión por parte de Sócrates, la referida sacerdotisa recurre a la narración de un mito que además de mencionar las verdaderas características y atributos de esta especial mixtura de deidad y mortal, explica asimismo los orígenes del *Eros* a través de los dioses o los elementos de los que pudiese haber procedido, tal como lo hicieron la mayoría de oradores asistentes a aquel festejo que buscaba celebrar los logros de un joven dramaturgo.

De esta forma, Diotima afirma que al darse el nacimiento de *Afrodita* – considerada por la sacerdotisa como la diosa de la belleza – tuvo lugar un gran banquete con el cual se honraba precisamente su nombre y su existencia misma, así pues, en aquella afamada y concurrida reunión se encontraban congregadas un incontable número de deidades que veneraban a la que a partir de ese momento empezaría a formar parte de su divina estirpe, entre estos mencionados dioses se hallaba *Poros*, hijo de Zeus padre de los dioses y los hombres y *Metis* deidad que personificaba la prudencia, este era justamente el máximo representante de la creatividad, la inventiva, la conveniencia, la utilidad y la recursividad. No obstante pareciese que pese a todas esas numerosas cualidades *Poros* olvidó hacer uso de la prudencia, que debió heredar por parte de su madre, pues se excedió al beber néctar en una gran cantidad y se embriagó (siendo este el licor de los dioses).

Hallándose *Poros* en un total estado de embriaguez, descansando en el jardín del lugar donde se llevaba a cabo la celebración, llamó a la puerta de aquel banquete *Penia* (hija de *Thesis*, diosa primigenia de la creación, y evidentemente de Zeus quien es a su vez el padre de todo y de todos) esta era un *Damon* que personificaba a la necesidad y a la

pobreza, hecho que la hacía merecedora del odio y la marginación por parte tanto de los dioses como de los hombres. El producto de Zeus y Thesis, siempre acostumbraba asistir a los banquetes, festejos y celebraciones más ostentosas y concurridas – tal como aquella – con el fin de solventar, al menos de manera transitoria, sus necesidades más apremiantes, de esta forma asistió al festejo celebrado en honor del nacimiento mismo de la belleza, con el fin de conseguir un poco de las viandas y los manjares que se habían ofrecido en medio de este, sin embargo, en un principio, gracias al sentimiento que inspiraba en sus compañeros, no pudo ingresar a la reunión.

No obstante, habiendo insistido logró que se le permitiera su paso, alcanzando su cometido inicial al satisfacer su hambre y su sed una y otra vez hasta la saciedad por medio de los alimentos y las bebidas que allí se brindaban, al hacer esto se dirigió al jardín, en donde encontrándose justamente con *Poros* concibió en sus pensamientos generar un hijo que proviniese de los dos, así que quiso llamar su atención para de esa manera lograr atraerle de cierto modo de tal forma que al ser consciente de las muchas facultades que ostentaba *Poros* y de la enorme seguridad que él mismo tenía sobre ellas, *Penia* acudió a la adulación para que este se fijase en tan particular Damon, de manera que siendo débil el dios en este aspecto, creyó en la elaborada simulación de esta y cedió ante su seducción.

Al concebirse esta extraña unión, se originó *Eros*, quien por esta razón en si mismo no posee todas las cualidades de un dios, y tampoco es enteramente un mortal, – como ya se había mencionado aquí – antes bien, contiene en su naturaleza, una diversa mezcla de ambos y ha heredado cualidades específicas por parte de cada una de las entidades que le dieron origen. (Cfr, *Banquete*: 205B)

Esto explica el porqué *Eros* está muy lejos de ser la divinidad bella y delicada a la que muchos rinden culto, pues si bien es acompañante inseparable y escudero fiel de *Afrodita*, también, y debido a la naturaleza de *Penia*, su madre, es siempre pobre, vaga por donde quiere, es duro y seco, con sus pies al piso siempre desprovisto de calzado, prefiere el suelo árido a cualquier otra superficie en el momento de conciliar el sueño en donde reposa sin nada que lo cubra, todo el tiempo se encuentra a la intemperie sin un

lugar exacto en el que pueda localizársele, tirado siempre en las puertas de aquellos que si cuentan con un hogar, o en las orillas de las calles y se encuentra siempre en compañía de la indigencia.

Por otra parte ese Damon que muchos llaman amor, también a heredado algunas de las cualidades más prominentes por parte de su padre, siendo así, es además de todo lo anterior un aspirante incansable de todo lo bello y de igual forma de todo lo bueno que pueda encontrarse en medio de la naturaleza, posee asimismo una gran valentía y una enorme audacia (lo que en muchas ocasiones le ha ayudado a alcanzar la mayor parte de sus cometidos) es del mismo modo, muy activo siempre está en movimiento, y es de la misma manera, diestro en la caza, tal como Artemisa – hermana de Apolo – pensativo, en constante actividad de reflexión, acaso tramando alguna empresa que le sirva para alcanzar su cometido, siempre con un desmedido interés por obtener sabiduría, hábil gran administrador y empleador de los recursos que posee, amante por excelencia de todo aquello que pueda representarle conocimiento, y junto a todo esto es siempre un espléndido mago, hechicero y empleador de la sofística.

De modo tal que Diotima concibe siempre el amor como toda aquella aspiración a lo bello a lo bueno y la felicidad y las pasiones que este produce en aquellos a quienes posee, generan una acción especial, la cual puede explicarse como “*una procreación en la belleza, tanto según el cuerpo como según el alma*” (*Banquete: 206B*), aquí se encuentra una vez más la representación del instinto, definido como el impulso creador latente en todos los seres de la naturaleza, el cual consiste precisamente en la generación y prolongación de la belleza.

Y es este justamente, uno de los puntos en los que más concuerda, el filósofo griego, con Arthur Schopenhauer, pues tal como ya se ha expuesto aquí, este último también considera el amor como aquel instinto que conduce siempre hacia la generación de nuevos seres, así, estos dos pensadores quienes al principio de este escrito, parecían tener diferencias irreconciliables, por increíble que parezca, se relacionan y concuerdan en gran manera.

Junto a esto, el amor según la concepción platónica, además de considerar la creación de nuevos seres, concibe a esta misma generación como una realización eterna e inagotable, esto es, como la preservación y prolongación de la existencia misma, lo que a su vez , conduce al hombre a alcanzar uno de sus mayores y más grandes anhelos, el cual consiste precisamente en alcanzar su propia inmortalidad, pues a través de la procreación de otros seres prolongan su vida, al punto tal que deja un legado imborrable en el mundo, orientando el instinto y convirtiéndolo a su vez en amor a la vida eterna.

Hasta este punto del texto, pareciese que el amor en cuanto tal se reduce únicamente al instinto humano, en lo que atañe a la corporalidad, el cual se deja conducir de forma exclusiva por la belleza física y los impulsos corporales, todo esto a su vez puede sustentarse a partir de los argumentos expuestos en el segundo capítulo de este texto – con la concepción del amor instintivo que ostenta el pensador Arthur Schopenhauer – así como con las proposiciones recientemente mencionadas en el presente apartado, en el que se intentó mostrar la relevancia del amor como instinto para Platón, ¿pero qué sucede con los argumentos referidos en el capítulo I, es decir, con el amor como ese sentimiento sublime, celeste e inspirador que daba a conocer el mismo Platón en un principio, ¿constituye sólo acaso una ilusión? Una irrealidad, ¿qué ocurre con los ideales amorosos? Se encuentran tan sólo en la imaginación de los seres.

Pues bien, la respuestas a estos interrogantes procederán del mismo Arthur Schopenhauer, así es, quizá el encasillar a los pensadores bajo ciertas corrientes, cega o reduce en gran manera la visión de aquellos que se dedican al estudio de la filosofía y no les permite fijarse en los pequeños detalles que aunque puedan parecer insignificantes, dan muestras claras de las verdaderas raíces de su inclinación, y es de esta forma como a este representante de la filosofía alemana se le ha categorizado, en cierto modo, como un misogéno, del cual podría pensarse que es incapaz de expresar cualquier clase de sentimientos.

Pese a esto, en su obra *“El amor, las mujeres y la muerte”* previamente, analizada en este escrito, Schopenhauer – además de considerar el amor como instinto – asegura asimismo que al iniciar el hombre un largo camino en busca de esa persona que pueda, solventar sus carencias de manera total, y a la que al mismo tiempo el pueda resolver sus más

inmediatos requerimientos, para de esta forma contribuir de manera casi perfecta en la generación de un nuevo ser, que no ostente en un futuro las mismas necesidades, ni experimente los mismos pesares que en ese preciso instante, ellos mismos están viviendo gracias a sus propios vacíos.

Cuando culmina con este prolongado – y en cierto sentido – agotador ejercicio, localizando con precisión, claridad y certeza a ese ser que reúne todas y cada una de las características por él demandadas, además de requerir las cualidades que él mismo posee y quiere ofrecerle, en el momento en el que realmente la encuentra, ese instinto amoroso que impulsa a los seres y los conmina a atraerse entre sí, produciendo las más fervorosas pasiones, se transforma, cambia, se transmuta, sufre una metamorfosis de un modo tan impresionante que bien podría ser digna de plasmarse en el más relevante escrito. El amor visto ahora de esta manera, se convierte en “algo raro” (según lo aduce este filósofo) el cual, aún cuando no represente justamente la pasión en cuanto tal, si genera una fuerte impresión sobre los sentidos.

En este sentido, al tener en cuenta que todo ser humano posee implícita en sí mismo esta enorme fuerza amorosa, en su forma primigenia, en el instante en que se desarrolla propiamente en el hombre, empieza a cobrar sentido aquello que antes había pasado desapercibido, esto es, la fuerza amorosa produce en cierta forma, un cambio en el hombre, un cambio que lo hace apreciar y comprender, la incontable lírica que sobre este sentimiento se produce, valorando la sensibilidad y la ternura que muchos suelen atribuirle e incluso algunas veces convirtiéndolos en creadores literarios o artísticos, gracias a su propia influencia.

Quizá estas afirmaciones puedan llegar a sonar un poco difíciles de creer, sobre todo por que provienen de alguien que ha definido en repetidas ocasiones al amor como algo que sólo se encuentra presente en la corporalidad del ser, de hecho podría pensarse según esto, que el amor, tal como parecía comprenderlo el referido pensador alemán, se centra de manera única y exclusiva en el físico y en todo lo superficial de los hombres, e inclusive de una manera más directa, se enfoca en las partes corporales más hermosas de los demás.

A pesar de estos argumentos y pese también a que el mismo Schopenhauer asegure que una incontable cantidad de diferencias y limitaciones físicas e, igual porcentaje de deformaciones morales, pudiesen desviar el verdadero objetivo de los hombres al tiempo que podrían conllevar la degeneración de la especie a perpetuidad, al producir seres que pueden parecer inferiores en un primer sentido; este pensador también aduce que por extraño que pueda parecer, dichos accidentes, restrictivos y deformidades pudieran servir de alguna manera, en aras de la solvencia relativa a la necesidad del otro ser; es decir, que si alguien posee en si mismo una carencia física, está a su vez puede servir para solucionar, de cierta forma, algún tipo de problema interno que el otro posea, liberándolo de posibles sentimientos reprimidos, ocupándose de llenar de cierta manera espacios vacíos existentes en el espíritu de su compañero o ayudándolo a mejorar de cualquier otro modo.

Asimismo puede actuar cierto tipo de desviación moral (las cuales, dicho sea de paso, se encuentran presentes en todos los seres humanos, por imperceptibles o intangibles que estas puedan parecer)

Lo cual puede darse justamente, por efecto de que la especie humana en su realidad y completud, suele contar con una casi imperceptible pero muy latente tendencia hacia la perfección, hecho que la conmina a restituirse y complementarse de manera constante, cada vez con más fuerza, y alzándose con menos debilidades internas, – curiosamente tal como lo hace el propio *Eros* en el mito – esto a su vez hace que los seres pertenecientes a esta especie, deseen tanto encontrar la manera de rebasar sus propios límites, como producir otros seres que no cuente con ningún tipo de limitaciones, ni corporales, ni cognitivas.

Hecho que permite observar como las “formas hermosas” de un cuerpo, pierden relevancia frente a la belleza del mismo, esta entendida siempre bajo el concepto de *Kalon*, (belleza absoluta y homogénea) la cual, como ya se ha expresado aquí, puede encontrarse incluso en las más imperfectas figuras, puesto que esta clase de cualidad está en los ojos de quien sabe apreciar las propiedades de un ser en su completud y no

de modo particular; por otra parte dicha belleza – por increíble que pueda parecer – es precisamente compañera inseparable del instinto amoroso y tiene la función de guiarlo todo el tiempo, orientarlo y atraerlo hacia el sexo opuesto.

Sin esta fuerza amorosa, y de no entenderse el concepto de belleza estrictamente como *Kalon* en su totalidad, dos elementos que le imprimen dulzura y divinidad al instinto amoroso, el amor como tal se convertiría en una necesidad física presente en cada ser que sólo solventaría por obligación y no por placer, volviéndolo un ejercicio monótono e irritante.

El anterior concepto cuenta con un sustento que le otorga el propio Arthur Schopenhauer, al afirmar que inclusive la capacidad cognitiva, la lógica y la razón masculinas se ven afectadas, empobrecidas y hasta reducidas en gran manera, todo por efecto del sentimiento amoroso que se genera en ellos debido a la visión que ellos mismos ostentan de la belleza femenina, la cual ni siquiera él cree entender, mucho menos explicarse el hecho de su existencia, pues según sus propios argumentos, afirma que:

“Preciso ha sido que el entendimiento humano se oscureciese por causa del amor para llamar bello a ese sexo de corta estatura, estrechos hombros, anchas caderas y piernas cortas. Toda su belleza reside en el amor que nos empuja hacia ellas” (Schopenhauer, 2007, 57).

La cita aquí expuesta, explica de algún modo cómo la constitución física de un ser humano, no es necesariamente lo único que importa en cuanto al amor y al objetivo general de este, la generación, prolongación y conservación de la especie misma, puesto que el instinto mismo es guiado por la belleza, y esta a su vez es una percepción propia de cada ser quien – como ya se ha referido aquí – puede encontrarla en las más diversas y difusas representaciones.

A raíz de todo lo anterior es posible concluir, en primer lugar que la concepción platónica del amor no se reduce de manera exclusiva a ese sentimiento celeste y esencial que en un principio trata de mostrar en su diálogo aquí referido, antes bien, el concepto de este

amor contiene en cuanto tal la generación de nuevos seres, tomándola como un ejercicio que comporta en sí cierto carácter divino e inmortal.

También se observa claramente cómo el cuerpo humano en lo que respecta física, no es lo único por lo que procura el instinto humano del amor, ya que este es guiado por mil atributos y cualidades diferentes del sexo opuesto, los cuales aunque ante los ojos de algunos puedan pasar desapercibidos, para otros se convierten precisamente en el atractivo principal.

Asimismo con la culminación de este capítulo puede inferirse que dos teorías que en un principio parecían irreconciliables, al realizarse una análisis a fondo de las mismas, se encuentra en ellas más de un punto en común tal como la concepción del amor cómo la generación de los seres y la conservación de la especie humana y los sentimientos sublimes que genera el amor mismo dejando de lado la superficialidad del exterior presente en el hombre, entre muchas otras concordancias, las cuales tendrán a bien exponerse posteriormente en la conclusión general del texto en su totalidad.

CONCLUSIONES

Después de haber intentado realizar un detenido análisis, de las obras, *Banquete* – diálogo escrito por el filósofo griego Platón – y *El amor, las mujeres y la muerte*, trabajo efectuado por el pensador Alemán Arthur Schopenhauer, (además de contar con el sustento filosófico-literario de *El conocimiento del amor*, una compilación de ensayos cuyo referente principal es precisamente el tema central del presente escrito, elaborado por la filósofa Martha C Nussbaum), se hace posible llegar a las siguientes conclusiones:

- El concepto del amor, a través de una mirada platónica en un principio es visto como ese sentimiento ideal, sublime y celeste, digno de ser representado por una divinidad, capaz de inspirar los más nobles sentimientos en los hombres a quienes posee y cada una de las propiedades y cualidades que se le atribuyen mediante los mitos o su naturaleza divina, pueden ser perfectamente aplicables en cada

realización de la vida diaria, si son vistas bajo la verdadera razón que ostenta y da a conocer este sentimiento.

- En cuanto al criterio de deseo, observado por medio de esta misma visión, es posible afirmar que este, no siempre se produce al anhelar aquello que aún no se ha conseguido, sino que en muchas ocasiones representa precisamente el sentimiento que se genera al querer “proteger” y conservar aquello que ya se tiene, es decir, cuando un atributo, una cualidad, o cualquier tipo de objeto se valora en gran manera, este sentimiento radica justamente en desear lo que ya se tiene con el fin de conservarlo en un futuro.
- Con respecto al instinto, es posible afirmar que este es el verdadero sentimiento que encierra el amor en cuanto tal, y es sólo bajo este concepto que es posible llevar a la práctica en hechos reales, las cualidades y propiedades atribuidas al amor anteriormente, pues todas estas son generadas justamente gracias al instinto amoroso que se encuentra presente en todos y cada uno de los seres humanos, el cual ligado siempre a la belleza, los impulsa a lograr el verdadero objetivo para el cual los ha dispuesto la propia naturaleza, siendo este, la generación y posterior conservación de la especie.
- Además al tomar en cuenta la consideración del amor como un instinto otorgado por la naturaleza, podría explicarse el motivo por el cual, en ocasiones por efecto de este sentimiento, el ser humano actúa de manera irracional e incomprensible, ya que es este mismo instinto quien lo conmina – aunque él no lo perciba – a realizar esta clase de actos como el persistir en una empresa que no tiene sentido alguno, el llevar a cabo hechos que irían en contra de todo sólo en pro de alguien más, o finalmente, poner en riesgo la vida misma por otra persona.
- Junto a esto, es posible inferir que, cuanto se hace para obtener la atención del sexo opuesto, así como todas las cualidades que el ser humano dice poseer en el momento que inicia el camino hacia la búsqueda de esa otra persona, no son más que un construido velo que pretende ocultar las reales intenciones del amor, pues,

pese a que, el hombre en ocasiones no se percate de ello, es empleado por la naturaleza para alcanzar el cometido que ella misma le ha impuesto, trabajando así a favor de su especie, mientras piensa que lo hace en beneficio de sí mismo.

- También se extrae tomando como referencia el amor instintivo, que aquello que atrae al hombre hacia otro ser, se trata justamente de eso que le hace falta, ya en su propio físico, ya en su aparato psíquico, esto no con el fin de llenar sus requerimientos individuales, sino con el propósito de dar generación a un nuevo miembro de la especie humana el cual no cuente con las mismas necesidades y debilidades de su procedente, contribuyendo de esta manera a la prolongación así como la generación de una especie con mayores atributos y fortalezas.

Ahora bien, aún cuando parezca que lo más relevante en cuanto al amor sea el instinto y asimismo se piense, erróneamente, que este se encuentra exclusivamente ligado al físico del ser, luego de haber realizado lo que se piensa fue un examen profundo y atómico de las obras aquí referidas, se infiere lo siguiente:

- La visión del amor como instinto natural y generación de la especie que se muestra en el diálogo platónico, más que física y carnal, encierra una consideración de cierto modo esencial, espiritual y eterna, en cuanto es tomada como una aspiración divina y un esfuerzo del hombre por alcanzar su inmortalidad, justamente mediante la procreación que se entiende en esta obra como la prolongación imperecedera de la existencia individual y de la especie humana.
- Aquello que produce atracción entre los seres, no se reduce de manera única a las formas corporales de los mismos, pues el instinto – como ya se ha reiterado aquí – no es guiado por la hermosura, sino por la belleza absoluta, esta última se encuentra constituida por un conjunto de diversas características, las cuales pese a que para otros puedan pasar desapercibidas o incluso parecer un defecto más que un atributo, para otros conforman justamente el atractivo principal y pueden ser vistas en los escenarios y modos más extraños y curiosos, pues de hecho, al no

considerar este punto de vista haría del amor un ejercicio necesario pero irritante en sí mismo.

Con lo expuesto y concluido hasta el momento, se intento dar a conocer, de que manera dos puntos de vista, concebidos en dos épocas diferentes, en dos contextos espaciales diversos y a partir de dos pensadores, los cuales a primeras luces se creían como conceptos totalmente opuestos pueden encontrar en su interior criterios tan similares entre sí e inclusive posiciones que ostentan maneras comunes de considerar sus teorías, tales como:

- La consideración del amor como generación y prolongación divina de la especie humana por parte del filósofo griego Platón quien – pese a que no lo parezca – comparte esta afirmación con el pensador Arthur Schopenhauer, quien de igual modo sustenta y fortalece los argumentos expuestos en el presente trabajo.
- Y asimismo este último pensador encuentra un nuevo punto en común con respecto a los conceptos platónicos al aducir que el amor en cuanto instinto amoroso genera en los hombres sentimientos inexplicables que hacen comprender y valorar de cierto modo el genio y la metáfora poética que a él se le atribuyen.
- Además si se observa cuidadosamente puede notarse como el amor según Platón es definido como aquella inspiración a todo lo bueno lo digno y lo mejor, en pocas palabras se aspira a la perfección, en tanto que este mismo amor, visto desde la perspectiva de Arthur Schopenhauer es considerado como ese instinto humano que busca justamente generar la perfección a través de la procreación de un nuevo ser asimismo considera esta acción como la prolongación de la propia existencia del hombre, tal como lo aduce el filósofo griego.
- Pero quizá la conclusión más importante a la que fue posible llegar mediante el transcurso del presente escrito es que precisamente eso que muchos suelen denominar “amor” no pertenece en exclusiva a ninguno de los dos ámbitos aquí referidos, es decir, que el amor en cuanto tal, no considera en sí mismo a algo

totalmente físico y carnal así como tampoco se reduce meramente a un aspecto esencial celeste y sublime digno sólo de los mejores; antes bien este, tal como un reloj de péndulo, suele oscilar entre estas dos “partes” deteniéndose constante y permanentemente al hallar un punto medio entre las mismas, convirtiendo al amor más que en un concepto fijo y unívoco, en un movimiento fluctuante entre lo ideal y lo físico, que bien podría ser interpretado como “*Una mirada oscilatoria del pensamiento platónico y los conceptos Schopenhauerianos*”.

Bibliografía

- NUSSBAUM MARTHA C, *EL CONOCIMIENTO DEL AMOR Ensayos sobre filosofía y literatura*, 1990 – 1992, Trad: Rocío Orsi Portalo, Madrid, Machado Libros.
- PLATÓN, 1997, *Banquete* en: Obras. Madrid: Gredos.
- SCHOPENAUER ARTHUR, *El Amor, Las Mujeres y La Muerte*, 2007, Buenos Aires, Gradifco.

